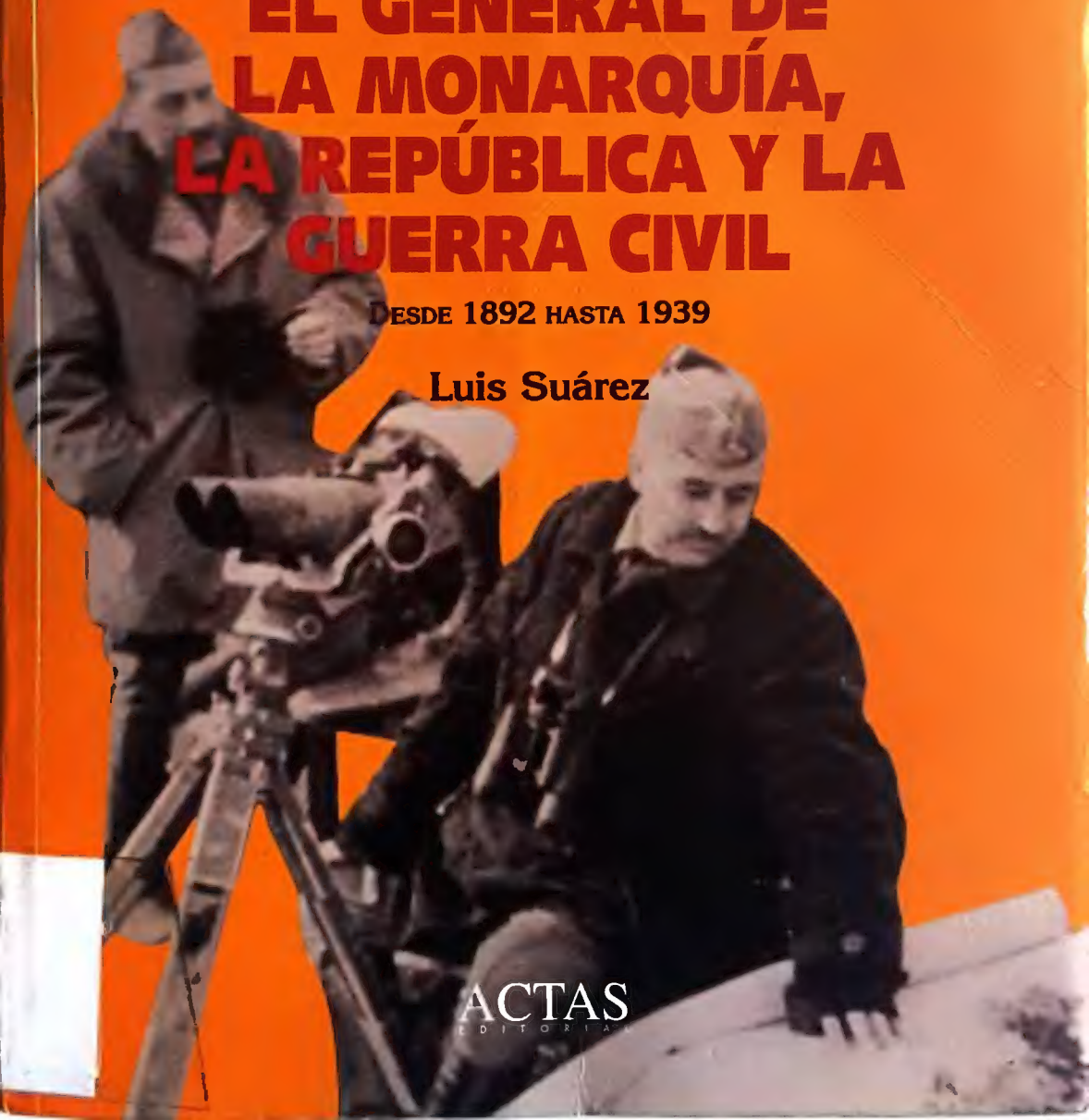
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

PRIMERA PARTE

FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

CAPÍTULO 6

LA ACADEMIA GENERAL DE ZARAGOZA.

I. EL GENERAL MÁS JOVEN DE EUROPA.

1. La propuesta para el ascenso fue atendida con mayor rapidez de la acostumbrada. Al informar favorablemente, la Junta General del Ejército empleó estas palabras referidas a Franco: «es un positivo valor nacional y, seguramente, el país y el Ejército obtendrán gran beneficio aprovechando sus singulares aptitudes en empleos superiores».[1] No hay que atribuirles una desmesurada visión de futuro; lo único que pretendían era justificar una orden que tenía todos los signos de excepcional singularidad puesto que Franco acababa de cumplir 33 años de edad. Cinco ascensos consecutivos por méritos de guerra, dos Medallas Militares –la Laureada se le negó por no haberse producido las bajas requeridas en el reglamento– y una cadena interminable de menciones en las órdenes del día, respaldaban la decisión de convertirle en el general más joven de Europa. Era uno de los favoritos del Rey y algunos de sus amigos conocían la carta, ciertamente indiscreta, que Alfonso XIII le escribiera el 1 de marzo del año anterior, para infundirle ánimos:[2] nunca dejaría Franco de reconocer su deuda de gratitud hacia aquel Monarca.

Los historiadores se sienten tentados a establecer la comparación con el genio militar de Napoleón Bonaparte, que fue general a los 25 años. Las diferencias son mucho más notables que las similitudes. Bonaparte, alzado sobre la ola revolucionaria, saltó los grados de la jerarquía pasando de capitán a general por decisión política. Franco los sirvió, uno por uno, ascendiendo siempre por méritos personales, obedeciendo órdenes. Llegó a ser Jefe de un Estado de proporciones modestas al que quiso servir con espíritu muy tradicional, y no emperador de Europa. Nunca libró esas grandes batallas que retumban ni sintió complacencia por la guerra; en la medida en que de él dependió, mantuvo a su país fuera de conflictos bélicos. Por último creyó que su deber le impulsaba hacia la restauración de la Monarquía y no a su sustitución por otro sistema.

Sin embargo era inevitable que un soplo de vanidad circulara por su mente. Años más tarde, en 1956, redactó unos párrafos muy significativos, como si creyese que aquella carrera excepcional era el anuncio de lo que vino después:

«Desde que se me hizo general a los treinta y tres años, se me colocó en vías de graves responsabilidades para el futuro. Papel de los capitanes generales en la vida política española, pese a un deseo muy extendido de permanecer apartado de banderías. El fracaso del sistema político arrastraba a situaciones de crisis constantes de autoridad que exigían la intervención del Ejército, lo que los políticos intentaban evitar atrayendo a su partido a los espadones, trayectoria del siglo XIX. Pese a la repulsa en que lo político se presentaba por la degeneración del sistema de partidos, estaba por mi edad y prestigio llamado a trascendentes servicios a la nación, por lo que procuré prepararme analizando la Historia política contemporánea, estudiando la evolución de los intereses políticos, el Derecho y la Economía política, y discurriendo sobre los problemas nacionales. Este estudio me llevaba a rebelarme ante los mitos políticos que no resistían un profundo análisis, pero que en pereza mental eran aceptados por los más. Ante el fenómeno de la crisis de nuestra moneda en tiempos de Calvo Sotelo y las tonterías que las declaraciones gubernamentales y los comentarios de prensa registraban, se alzaban en mí argumentos evidentemente claros, contrarios a aquellas explicaciones; la curiosidad me llevó a asesorarme de terceros amigos a los que presenté mis discrepancias de fondo. Y mi sorpresa fue grande cuando reforzaban mis argumentos: en España carecíamos de conocimientos y los que había estaban alejados de la política y sojuzgados por los conceptos estrechos con miras recaudatorias del Ministerio de Hacienda».[3]

La orden de ascenso de Francisco Franco al empleo de general de Brigada se firmó el 3 de febrero de 1926, un día antes de que su hermano Ramón, junto con el capitán Julio Ruiz de Alda y el mecánico Pablo Rada, pilotando un hidroavión llamado Plus Ultra, llegara a Río de Janeiro sobrevolando por vez primera el Atlántico. La fama romántica y espectacular del hermano menor, republicano y anarquista, pareció eclipsar la del héroe de África: para muchos españoles el general Franco era, simplemente, el hermano del aviador.[4] Su primer acto consistió en asistir, en la tarde del mismo día 3 de febrero, al acto solemne de homenaje al mariscal Pétain, al que se impuso la Medalla Militar. También Franco recibió un homenaje, tributado por los supervivientes de su promoción, la 14, que tanto había contribuido a los éxitos de África:[5] no en vano era el primero de sus componentes que alcanzaba el generalato.

2. Con la victoria de Alhucemas y el final de la guerra alcanzó Primo de Rivera la cumbre de su prestigio. Incluso sus enemigos tenían que reconocer a la Dictadura dos éxitos: el restablecimiento del orden público y el final de la sangría de Marruecos. Para la mayor parte de los españoles esto bastaba. Comenzaban ya a experimentarse, aunque muy lentamente, mejoras económicas, como un reflejo de lo que estaba ocurriendo fuera, en los años eufóricos que precedieron al gran crack de 1929. Pero los partidos políticos no olvidaban que, en el momento del golpe del 13 de setiembre de 1923, el Dictador había definido su proyecto como provisional. Comenzaron a ejercerse presiones sobre el Rey para lograr un retorno a la «normalidad»: las frases excesivamente retóricas del decreto por el que se le concedieron la Laureada y la Medalla

del Mérito Naval fueron explotadas como si significasen tendencia a la megalomanía. Primo de Rivera prohibió cualquier censura a Mussolini y al fascismo como una parte de su política, enderezada a buscar apoyos en el exterior para conseguir que se diese a España trato de primera potencia en la Sociedad de Naciones –cosa que, desde luego, no logró– dando pie a que se le calificase de fascista.

La oposición que estaba en la calle –no socialista, pues como sabemos parte de ésta se prestó a colaborar– esgrimía otros motivos personales. Abierto, paternalista, nada cruel y escasamente vindicativo, se inclinaba muchas veces a soluciones puramente amistosas y se irritaba, en cambio, ante las injurias. Así sucedió, ya en 1924, con el asunto de «la Caoba», una andaluza de vida airada relacionada con los círculos que frecuentaba el Dictador y procesada por denuncia de los familiares de un joven víctima de droga. Don Miguel pidió al juez que la exonerara y, al no ser atendido, dispuso su traslado forzoso y destituyo al presidente del Supremo. Al año siguiente un estudiante, Antonio Sbert Massanet, que organizó un abucheo (11 de mayo de 1925) fue desterrado a Cuenca. La Universidad, que estaba creciendo y de modo extraordinario gracias a las medidas y recursos aportados por la Dictadura, se volvió absolutamente en contra. Primo de Rivera desterró a Unamuno y a Rodrigo Soriano, procesó a Jiménez de Asúa y Fernando de los Ríos, y cerró el Ateneo. Trataba a periodistas y universitarios como a zánganos carentes del sentido de la realidad. Consecuencia de esto fue una manera creciente que culminó en enero de 1927 en la creación de la Federación Universitaria de Estudiantes, FUE, movimiento izquierdista cuyo primer objetivo era la lucha contra la Dictadura.

El 2 de diciembre de 1925, seguro ya de la victoria final en Marruecos, Primo de Rivera, decidido a permanecer en el poder hasta completar las reformas económicas, políticas y militares que juzgaba necesarias, había propuesto al Rey la sustitución del Directorio por un Gobierno civil en que, salvo Guerra y Marina, tradicionalmente ocupado por militares, sólo iba a permanecer un general, Martínez Anido, en el Ministerio de la Gobernación. Los demás eran técnicos de alto rango: Yanguas en Asustos Exteriores, Galo Ponte en Justicia, Eduardo Callejo en Instrucción Pública, Eduardo Aunós en Trabajo, Benjumea, conde de Guadalhorce, en Obras Públicas y José Calvo Sotelo en Hacienda. Todos los supervivientes de este Gobierno aparecerán, después de 1936, en puestos clave dentro del Régimen de Franco. Me parece que es lícito establecer el principio de que el Generalísimo, en cuanto «Jefe del Estado Español», se consideró una especie de sucesor de la Dictadura, eliminando como un paréntesis indeseable, el sistema político que la sustituyó.

De este modo estamos obligados también a reconocer que Franco, y muchos de los «africanos» –no todos–, se sintió ganado por la Dictadura de Primo de Rivera y sus logros. Nada tiene de extraño: si don Miguel había acabado aceptando las propuestas de sus airados interlocutores de Ben Tieb, podía esperarse que estos últimos también se adhiriesen a sus proyectos y realizaciones. La Dictadura, que no fue capaz de resolver el problema de sustituir la vieja Constitución por otra más eficaz y realista, presentó sin embargo un balance de resultados en obras públicas y desarrollo económico verdaderamente impresionante. Esta política que se tradujo en mejoras sociales y educativas, en una reducción del déficit presupuestario y de la deuda pública, en un incremento de las disponibilidades energéticas y en un esfuerzo sincero y eficaz para sustituir la dialéctica de explotación y huelga por el diálogo

a través de Comités paritarios y por los primeros atisbos de una Seguridad Social, tuvo sin embargo una curiosa contrapartida, la de aumentar la oposición al Régimen. Los universitarios se convirtieron en una especie de vanguardia contra la Dictadura y desde 1927 los incidentes se repitieron. Poco a poco los intelectuales consiguieron la retirada de apoyo al Régimen por parte de sectores muy amplios. No hemos de referirnos ahora a la profunda decepción que muchos de los protagonistas del cambio sufrieron a continuación.

Uno de los errores de apreciación más frecuentemente cometido es el que consiste en presentar la Dictadura como proyección del Ejército sobre el Estado. Primo de Rivera no contó con apoyos que no fuesen minoritarios. Los supervivientes del viejo espíritu de los «junteros» se sintieron pronto decepcionados porque el Dictador no cumplía aquellas cosas que ellos deseaban. Desde 1925, Primo de Rivera dio muestras de un propósito deliberado de reforma del Ejército. El Arma de Artillería se convirtió en defensor de los viejos intereses: no carecía de razones al oponerse a los ascensos por méritos de guerra porque el servicio junto a las baterías difícilmente permitía las distinciones que acreditaban los infantes subiendo al asalto de las posiciones enemigas. De este modo oficiales con estudios más arduos iban quedando retrasados en relación con heroicos mozalbetes, como Franco, que ya eran generales.

La oscura y tradicional rivalidad entre «africanos» y «junteros» alcanzó nuevas dimensiones preparándose algunas de las tensiones que caracterizarán a las fuerzas armadas en relación con la República. Se estaba difundiendo por las salas de banderas una noticia, que quizás no era muy nítida, aunque tampoco falsa, acerca de la reforma que el Directorio civil iba a emprender; y se pensaba que las distinciones ofrecidas a algunos militares servían el propósito de contar con un cuadro de fieles. Aunque políticamente no se distinguiese en nada, entre estos fieles se contaba a Franco.

3. Hubo en la vida de Franco una especie de paréntesis de inactividad semejante a la que ya disfrutara en Oviedo diez años atrás. Su primer destino fue la Brigada número 1 de la primera Capitanía, compuesta por dos Regimientos –sobre el papel hubieran debido ser tres–, Inmemorial y León, que eran como la cúspide de la Infantería española. La organización táctica del Ejército español en aquellos momentos, asignaba a cada Capitanía dos Divisiones de tres Brigadas cada una. Pero esto era meramente teórico en tiempo de paz y una previsión de efectividad en caso de guerra. De ello se deducía que únicamente un Regimiento en cada Capitanía estaba en condiciones de empleo inmediato. En otras palabras: Franco mandaba en Madrid la unidad de intervención disponible en caso de emergencia. Resulta muy significativa esta deliberada instalación del héroe de Alhucemas, último en la escala de generales de Brigada, en un punto que le situaba en cabeza. Los testimonios que poseemos y su propia hoja de Servicios permiten establecer el supuesto de una intensa dedicación al entrenamiento y puesta a punto de esta unidad a su mando.

Los ingresos que como general de Brigada le correspondían, sumados a los premios de condecoraciones no alcanzaban el nivel que como coronel en campaña percibiera. El costo de la vida en Madrid era mayor que en Ceuta, donde, además, existían ciertas facilidades que aquí faltaban. Como carecía de medios de fortuna supletorios –y como, también, uno de los rasgos de su carácter era la parsimonia en los gastos– no tuvo la oportunidad de engolfarse en una brillante vida social. Tam-

poco mostraría más adelante deseos de disfrutarla: sus gustos y aficiones se circunscribían a lo que la vida militar –de un jefe estudioso e infatigable lector, como hay muchos en el Ejército– y su propia familia le brindaban. El matrimonio se instaló en una vivienda alquilada en el número 28 del paseo de la Castellana, que conservó hasta la Guerra Civil, poblada de libros que se perdieron en el saqueo posterior. Incluso cuando estuvo destinado en Zaragoza, La Coruña o Palma, mantuvo este domicilio madrileño. Durante los veranos iba a Oviedo, a la casa de sus suegros: aquí nació, el 14 de setiembre de 1926, la que sería única hija del matrimonio, María del Carmen –en su partida de nacimiento figuran además otros nombres como era costumbre de la época–, dato que los periódicos ovetenses recogieron en sus «ecos de sociedad» Todo según costumbre. Uno de los rasgos más significativos del carácter de Franco, tan retraído en su intimidad, será el afecto que demostró a esa hija, depositaria de un título de grandeza otorgado por el Rey don Juan Carlos.

En Madrid nació una de las aficiones de Franco: las proyecciones cineratográficas que, entonces, casi obedecían a un rito social en las jornadas de estreno. Como es sabido llegaría a escribir un guión, *Raza*, para una de las pocas películas de propaganda acerca de la guerra que entonces se hicieron y que dirigió José Luis Sáenz de Heredia, considerado durante unos años como el principal de los directores españoles. A esta afición parece haber contribuido Natalio Rivas, escritor, político liberal, cacique granadino, a cuya tertulia asistía Franco. Las relaciones de amistad con Natalio Rivas continuaron hasta la muerte de éste, después de la guerra. Otra tertulia, casi obligada, era la de la Gran Peña, en la que coincidían muchos de los que la guerra convertiría en protagonistas, entre ellos Vicente Rojo: la decisión de este último de permanecer al lado del Gobierno del Frente Popular fue, para muchos militares, una sorpresa.

Se organizaron por este tiempo algunos homenajes al «héroe de Marruecos», cuya intencionalidad política no se manifestaba. El más singular fue, con toda lógica, el que ofreció El Ferrol reuniendo a Francisco con Ramón. El alcalde de la ciudad estuvo muy hábil y correcto a la hora de las presentaciones: colocó al general por delante del aviador y eludió el recuerdo del padre de ambos, que seguía viviendo en Madrid. No olvidemos que en aquellos momentos Ramón era el más popular de ambos: su hazaña del Plus Ultra se comparaba a un nuevo descubrimiento de América. En el verano de 1927 Franco fue incluido en el séquito de los Reyes para un viaje a Marruecos a hacer entrega de una bandera al Tercio, regalo de doña Victoria Eugenia. El antiguo Jefe pudo contemplar de nuevo a sus legionarios formados delante del arco de Dar Riffien. Fin de una guerra, clausura de una etapa sumamente importante en su vida, cierre de recuerdos a la vez complacientes y amargos. España se sacudía una pesadilla de casi veinte años. Sanjurjo se convirtió en marqués del Rif y para Dámaso Berenguer hubo una especie de reparación al otorgársele el título de conde de Xauen.

II. EL NOMBRAMIENTO DE DIRECTOR DE LA ACADEMIA.

1. El mando de la primera Brigada era un puesto cómodo. Cómodo y aburrido porque los coroneles de ambos Regimientos, escogidos también entre los mejores, eran

los encargados de ejecutar las órdenes. Por eso tuvo Franco tiempo para escribir recogiendo sus experiencias, alineándose entre los autores militares,[6] una actividad que el tiempo se encargaría de interrumpir. Si alguien podía personificar el sistema de ascensos por méritos de guerra, que tanto molestaba a los «junteros» ése era él: después de que pidiera la baja en las Juntas o Comisiones mixtas por solidaridad con Millán Astray, en 1922, no hizo el menor intento de reconciliarse con ellas. En sus escritos, además, defendía abiertamente, sin pasión, el argumento de que era muy malo para el Ejército el procedimiento exclusivo de la antigüedad, porque destruía los estímulos, y mucho menos el de la clasificación por las Juntas porque mezclaba criterios políticos. La carrera militar era un riguroso cursus honorum en que cada grado prepara para el superior, pero no un calendario.

Desde el verano de 1927 en que nombró ayudante a su primo Francisco Franco-Salgado disponemos de un medio precioso de información que permite acercarse al pensamiento del general: tenía aquél costumbre de tomar nota de las conversaciones con su cada vez más importante pariente, hacia quien guardaba además una discreta actitud crítica, sin tratar de disimular defectos o de inventar virtudes. Por él sabemos mucha de la coincidencia entre Franco y Mola: si una de las razones del fracaso de la Dictadura fue no haber podido sustituir a los viejos políticos, la otra, más importante aún, se encuentra en el fracaso de la reforma del Ejército. «Conflicto artillero» precisa Mola. Quizás, para comprender mejor el fenómeno, habría que aludir a una resurrección del espíritu de los junteros, que tenían razones para sentirse decepcionados ante la evolución profunda de la Dictadura.

Como sabemos, el Arma de Artillería había tomado la decisión de juramentarse para no recibir ascensos por méritos de guerra. El paso al Directorio civil sembró inquietud porque una de las razones del cambio era, precisamente, poder acometer la reforma de las Fuerzas Armadas, algo que no podía encomendarse a militares. Pero entre los círculos de oposición, cada vez más amplios, se podía aludir a otra causa: la Dictadura pretendía perpetuarse. El retorno a la normalidad constitucional iba a servir de argumento justificador de las conspiraciones que se sucederían. La primera de todas el 24 de junio de 1926 –«sanjuanada» por la festividad del día– cuando aún estaban calientes los rescoldos de la primera agitación universitaria. Dos ancianos, prestigiosos e irascibles generales, Valeriano Weyler y Francisco Aguilera, excombatientes de la guerra de Cuba y presidente el segundo de la Comisión Militar mixta, leyeron en el Casino un manifiesto que, en medio de elogios a la Monarquía, exigía el restablecimiento de la Constitución. El «pronunciamiento» no fue seguido por nadie –con Franco en la primera Brigada Madrid estaba seguro– y Primo de Rivera pudo proceder a detenciones, entre las que figuraban la de Gregorio Marañón, Marcelino Domingo y, en Barcelona, Ángel Pestaña. Fue apenas un gesto, puesto que recobraron inmediatamente la libertad, pero el Directorio quería hacer una advertencia: no retrocedería en caso de que se necesitara aplicar mano más dura.

En definitiva, Primo de Rivera estaba decidido a seguir adelante: el 9 de julio un real decreto anunció que no se admitirían renuncias en los ascensos otorgados por méritos de guerra y que los que hubiesen optado por una condecoración debían considerarse ascendidos desde el momento mismo de la concesión de la misma. Una segunda orden, del 27 de julio, aceleró los ascensos. No vamos a entrar en el fondo

del conflicto ni en las razones que asistían a una y otra parte. Arrastrado por su propia decisión, el Dictador llegaría a disolver el Arma de Artillería obligando a sus jefes y oficiales, uno a uno, a pedir el reingreso. Los plantes que tuvieron lugar en el otoño de 1926 fueron ya un anuncio de posibles conjuras.

2. La decidida actitud de los artilleros, nada dispuestos a una incondicional sumisión, bastaba para convencer a Primo de Rivera de la necesidad de incluir, en su reforma de las enseñanzas militares la creación de una Academia General: si todos los futuros oficiales cursaban la primera etapa de sus estudios en el mismo centro, se romperían muchos de los prejuicios que después les mantenían separados. En el proyecto no entraba la supresión de las ya existentes, pero sí su transformación en centros de formación especializada. La idea era anterior a la sanjuanada, pero sólo después de este episodio se aceleraron los trámites. No cabe duda de que el Dictador había pensado en Franco como el más idóneo de los generales para dirigirla, si bien hasta entonces los empleos de esta clase se otorgaban a coroneles. Por eso cuando Primo de Rivera llamó a Franco a consulta, éste recomendó a Millán Astray y propuso su emplazamiento en El Escorial. Don Miguel le desengañó: la decisión de Zaragoza estaba tomada y el nombre en que coincidían el Rey y su Gobierno era precisamente el suyo.

El proyecto de creación de la Academia General Militar fue presentado al Rey el 17 de febrero, anunciado a la prensa el 19, firmado por el Monarca el 20 y publicado en la Gaceta el 23. El 14 de marzo de 1927 se extendió el nombramiento de Franco que, al frente de una comisión, comenzó a trabajar de manera inmediata. El Ayuntamiento de Zaragoza mostró un gran entusiasmo, regaló los terrenos, espléndidos, dio subvenciones y remodeló todos los accesos al nuevo centro. Se trataba, sin duda, de una empresa de grande aliento porque faltando precedentes españoles, aunque no extranjeros, todo tenía que hacerse desde un nivel de cero. Por fortuna para él, cuando Franco llegó a Zaragoza, el 1 de diciembre de 1927 para iniciar la construcción del edificio y de sus instalaciones, encontró un ambiente decidido en favor del proyecto. La ciudad de Zaragoza consideraba como una singular ventaja haber sido elegida para instalar en ella la Academia.

Pronto llegaron las máquinas y los obreros: mientras se excavaban los cimientos se publicó la convocatoria de exámenes de ingreso, que tendrían lugar al comienzo del próximo verano y se anunció que el primer curso comenzaría en octubre de 1928. El plan de estudios apareció en la Gaceta del 18 de diciembre de 1927 y el 4 de enero siguiente se publicó el nombramiento de Franco como director, con carácter definitivo.

La Academia General Militar representa, en la vida de Franco, mucho más que una simple etapa en su carrera muy brillante. No se le estaba pidiendo que ejerciese mando de tropas, ni que arrostrase con valor los peligros de la guerra sino algo muy distinto: inculcar en las próximas generaciones de oficiales ese conjunto de virtudes, valores y modo de ser que, englobados en lo que se ha llamado «espíritu militar», significan un modo de vivir esencial para quienes pretenden seguir en el servicio de las armas. La Dictadura, ejercida desde esa mentalidad de servicio, confiaba en obtener, mediante la reforma de las estructuras del Ejército, acabar con ciertos vicios que se introdujeran a lo largo del siglo XIX, en especial el de mezclarse en cuestiones políticas.

A primera vista podía parecer una paradoja pues ¿no era la Dictadura el resultado de una injerencia militar en asuntos políticos? Franco hubiera respondido en 1927, como lo seguiría haciendo después, que no: porque consideraba ilícito emplear al Ejército para imponer una determinada opción, absolutista, liberal o conservadora; pero si lo que se hallaba en peligro era la existencia misma de la nación o de su Institución legitimadora, la Monarquía, en tal caso le asistía algo más que el derecho de intervenir: tenía el deber de hacerlo. Lo expresaba ya ante los alumnos y lo repetiría después varias veces: siendo el Ejército «columna vertebral de la Patria» a él correspondía la defensa del territorio y de la nación hacia fuera y hacia dentro, como «garantía de lo que en ella es permanente». Sería, en su opinión, un contrasentido encomendarle la defensa frente a los enemigos exteriores e impedírsela en relación con los del interior.

Es importante conocer esta faceta de su pensamiento que, lógicamente, la mayor parte de los historiadores actuales no admite: pero debemos procurar una comprensión de la vida y obra de Franco utilizando sus propios puntos de vista, porque en caso contrario nada entenderíamos. En otra ocasión Franco diría que quienes forman el Ejército, y precisamente porque reciben de la nación el delicado uso de las armas, necesitan ejercitarse en las virtudes militares, para no utilizarlas sino cuando resulta absolutamente imprescindible y siempre en acto de defensa de la Patria.

3. La Academia General no tenía la misión de transmitir técnicas especializadas sino de seleccionar, formar y disciplinar a los futuros oficiales de todas las Armas y Cuerpos. Franco tuvo competencia en el nombramiento de los profesores, que fueron elegidos en razón de eficacia y no por consideraciones personales.[7] Volvemos a encontrar en la Academia los antiguos camaradas, Francisco Franco-Salgado, que estaba en condición de ayudante, y Camilo Alonso Vega como profesor, pero en este caso pueden aducirse razones de eficacia. En el medio centenar de jefes y oficiales encargados de la docencia quedaba establecida la proporcionalidad 1/15 entre profesor y alumno lo que significa enseñanza muy personalizada –se guardó bien el equilibrio entre Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros y Estado Mayor, para que ningún Arma o Cuerpo se sintiera preterido–.[8] Algunos de los nombres que en la Guerra Civil aparecen como protagonistas se encuentran ya en Zaragoza a las órdenes de Franco: Campins, Sueiro, Monasterio, Esteban Infantes, Losada, Vicario, etc. No todos le acompañaron en el Alzamiento. En cambio el 95% de los alumnos que pasaron por sus aulas lucharon y murieron por la causa que Franco defendía, y éste es un dato que no debe olvidarse.[9]

En el verano de 1928, mientras se hacía la selección de alumnos, Franco hizo un viaje de dos semanas a Alemania para asistir a un cursillo dedicado a generales y conocer de cerca también las Escuelas Militares de Berlín y Dresde (23 de junio - 7 de julio), coincidiendo con el momento más brillante para el Partido socialdemócrata, el eclipse temporal del nacionalsocialismo y la adhesión de Strassemann al pacto Briand-Kellog que aspiraba a suprimir la guerra como medio de relación entre los Estados. A pesar de las drásticas reducciones impuestas por el tratado de Versalles, el general von Seeckt estaba consiguiendo crear generaciones de oficiales que fuesen capaces de encuadrar un gran ejército cuando la movilización se reanudase. Para Franco los dos rasgos que merecían imitación eran la férrea

disciplina practicada y la gran vinculación afectiva de los militares a sus regimientos; pero seguía prefiriendo la táctica francesa de conjunción entre fuego y movimiento.

Adquirió una costumbre que llegó a convertirse en rutina, la de visitar diariamente las obras de la Academia, que no estaban concluidas en el momento en que se proclamó la República. En los exámenes de ingreso para la primera promoción hubo 785 candidatos, de los cuales sólo 215 aprobaron. El 5 de octubre estos cadetes formaron ante Primo de Rivera en el patio, recientemente desembarazado de escombros y materiales propios de la construcción. Franco pronunció unas palabras breves, con habilidad y prudencia, soslayando alusiones a la realidad inmediata, aunque más tarde en las clases insistiría mucho en el daño que las divisiones estaban causando al Ejército. Para demostrar que aquella Institución no era ningún invento del Régimen, narró la Historia de las Academias que la precedieran a partir de 1809. Pero añadió que otorgaba una gran importancia al hecho de que el presidente del Gobierno y las autoridades que le acompañaban se hubiesen desplazado a Zaragoza en aquella ocasión, dando la medida del valor que otorgaban al Centro. Y, volviéndose a los cadetes les advirtió que los «veteranos oficiales» que ahora les contemplaban eran los mismos que «mañana, continuando nuestra obra, han de ser vuestros maestros».[10]

Sería importante, además de muy significativo, un ensayo que permitiera establecer la comparación entre lo que en las enseñanzas de Zaragoza se consideraba fundamental –no faltaban desde luego las experiencias marroquíes– y lo que en la práctica se ha buscado con razones de eficacia: por ejemplo en la Academia General se prohibía abandonar al compañero herido en cualquier circunstancia y se decía que, en razón de la dureza que revisten siempre las operaciones militares, la exigencia de respeto a la población civil tenía que considerarse como absolutamente rigurosa.

Como una síntesis de lo que se pretendía alcanzar, Franco redactó una especie de normas o principios, enunciados en forma de diez proposiciones, en las que se recogían tanto la experiencia antigua de Toledo –vicios que convenía desarraigar– como la más moderna de África:

a. Amar a la Patria y al Rey.
b. Reflejar, en vocación y disciplina, el espíritu militar.
c. Profesar acrisolada caballerosidad y sentir celo por su propia reputación.
d. Cumplir fielmente los deberes, mostrando exactitud en el servicio.
e. No murmurar jamás, ni consentir que otros murmuren.
f. Hacerse querer por los inferiores y desear por los superiores.
g. Ser voluntario para el sacrificio, solicitando el mayor riesgo.
h. Noble compañerismo, sacrificándose por el camarada y alegrándose de sus éxitos.
i. Sentir amor por la responsabilidad y mostrar decisión para resolver.
j. Ser valiente y abnegado.

Se indicó a los profesores que debían inculcar a los alumnos las virtudes militares, que son en definitiva virtudes humanas como la lealtad, la obediencia, el valor,

el compañerismo o el respeto a la palabra dada, aplicadas específicamente al servicio militar. Con ello se pretendía decir que, por muy importante que pueda considerarse la preparación técnica, siempre queda sometida a un comportamiento moral. Fueron radicalmente prohibidas las novatadas, haciendo referencia al caso de aquel cadete que por esta causa muriera en Toledo, y que tanta impresión hiciera a Franco. Una férrea disciplina que pretendía asentarse más sobre el sentido de la propia dignidad que sobre arrestos y castigos, aunque sin renunciar a éstos, acabó con las disensiones entre los alumnos y también con las enfermedades venéreas. La docencia perdió una parte de su antiguo contenido libresco: se aumentaron las clases prácticas y se recurrió cada vez más a guiones redactados por los propios profesores que recíprocamente se corregían. Al cabo de unos meses, la Academia había adquirido un gran prestigio.

III. EL FIN DE LA DICTADURA.

1. Los sectores zaragozanos de raigambre militar no olvidaban que la primera visita de Franco a esta ciudad había sido ocasionada por el traslado de los restos del Jefe de la Legión muerto en combate, Rafael Valenzuela, aragonés.

Unida esta circunstancia al prestigio social que proporcionaba el cargo que servía, produjo como efecto un aumento en la vida de relación. De todas formas Zaragoza era un ámbito más adecuado a los gustos de Franco, un tanto introvertido y poco cosmopolita. La cuñada, Zita Polo, que gozaba fama de gran belleza y atractivo, pasaba temporadas en su casa y tuvo oportunidad de conocer a quien sería su marido, Ramón Serrano Suñer, abogado del Estado en aquella delegación de Hacienda. Las autoridades locales multiplicaban sus agasajos porque consideraban altamente beneficiosa la presencia de la Academia. El 8 de mayo de 1929 el Ayuntamiento dedicaría al general Franco una de las calles nuevas que se estaban abriendo en el Arrabal: no tuvo que esperar a convertirse en Generalísimo para que su nombre apareciera en el trazado urbano.

Fueron años de actividad y también de reflexión y estudio. No desconocía Franco que el Directorio civil tropezaba con dificultades amenazadoras para su continuidad, así como que, en Alemania, en la URSS y en Estados Unidos había corrientes de agitación muy preocupantes. Trotski abandonaba Rusia el 29 de enero de 1929 dejando abierto el camino para la dictadura de Stalin. Crecía en Alemania el nacional-socialismo a medida que se conocían las duras condiciones de la deuda con los aliados, secuela de la guerra. La Exposición de Barcelona no podía ocultar el crecimiento de la oposición al Régimen y, en octubre, el crac de la bolsa de Nueva York anunciaba muy duras perspectivas para los años inmediatos futuros. En cambio Italia, bajo Mussolini, reconciliada finalmente con la Iglesia mediante el tratado de Letrán, de ese mismo año, gozaba de un prestigio cuyas debilidades sólo se descubrirían más tarde.

En medio de estas nubes que ensombrecían el horizonte, Franco percibía como un gran éxito, al que personalmente contribuyera, la pacificación definitiva de Marruecos. Un día los periódicos le trajeron la noticia de que las kabilas, sin excepción, pagaban ya el impuesto llamado tertib, sobre los productos agrícolas y ganа-

deros. Tomó la pluma para escribir uno de sus mejores artículos en la *Revista de tropas coloniales* (9 de febrero de 1928). Era, a su juicio, señal inequívoca de que la paz reinaba en todo el territorio y la autoridad del Jalifa y de su Majzén se acataba sin disputa.

De todos estos acontecimientos y de su vinculación creciente a la Dictadura de Primo de Rivera, en razón de los éxitos logrados, el general Franco extraerá ciertas reflexiones que empleará más tarde en su propio proyecto político: así lo dirá en algunos de sus discursos más importantes durante la Guerra Civil. La Dictadura de Primo de Rivera le parecía una especie de puente para pasar de los sistemas «caducos» y «decimonónicos», ya fracasados, a las nuevas fórmulas de «movimientos orgánicos» propios del siglo XX y que se denominaban «fascistas» o «nacionalistas». El término nacional le parecía más adecuado para su propia Dictadura de emergencia, a cuyo término creía poder establecer un nuevo modelo de democracia «orgánica». Pero tampoco este calificativo sería suyo: Besteiro y Madariaga lo habían empleado anteriormente.

2. Ésta fue una de sus ideas-eje elaboradas en esta etapa de tránsito acelerado de la Dictadura a la República. Pero él mismo, en sus esquemáticos apuntes, nos indica otra: «General. Madrid. Academia General = Comunismo».[11] La relación procede de que fue en Zaragoza en donde recibió la primera suscripción del *Bulletin de l'Entente Internationale Anticommuniste*[12] pagada por el Gobierno; luego la continuaría, adhiriéndose a la Entente y abonando la cuota por sus propios medios. Este organismo privado, que nunca se sumó a Internacionales fascistas ni a pactos Antikomintern, denunciaba como peligro máximo para la civilización occidental el triunfo logrado por los soviets en el antiguo Imperio de los zares, pues éstos no ocultaban que su proyecto era provocar una revolución en todos los países, barriendo hasta la idea misma de Dios, y destruyendo las estructuras sociales anteriores.

A través del *Bulletin*, Franco aprendió a establecer una distinción entre el Partido comunista, en cuanto forma de organización, dependiente directa o indirectamente de la URSS, en España en estos momentos poco importante, y las corrientes marxistas que se ampliaban rápidamente en la sociedad española. Ciertamente que el comunismo las fomentaba. Nació en él la costumbre de utilizar un término, filológicamente desdichado, «comunistoide», para señalarlas: diría que muchos sectores políticos se contagiaban de marxismo, a veces en forma inconsciente.

Una de las verdaderas obsesiones que, desde 1928, mostrará con absoluta firmeza sería la del peligro comunista. Cuándo nació la otra animadversión radical, hacia la masonería, no podemos decirlo. Ni creo, tampoco, que poseamos datos suficientes para fijar ninguna fecha. Para él era el comunismo, en la teoría y en la práctica, una amenaza muy grave para la existencia de la sociedad cristiana occidental, pues aspiraba a destruirla; de modo que combatirlo era deber inexcusable de todos los gobiernos y de todas las personas que compartiesen los principios derivados del humanismo cristiano. Franco declaró muy pronto su enemistad al comunismo y éste, con toda lógica, le ha pagado en la misma moneda: todas las corrientes historiográficas afines al marxismo, en mayor o menor medida, rechazan de modo absoluto su

persona y su obra negándose a ver en ambas otra cosa que el mal absoluto. Curiosamente esa profundísima adversión doctrinal no la hizo extensible al Estado soviético en cuanto tal, porque veía en él eficacia organizativa y disciplina que le parecían dignos de admiración.

No podía ocultarse al director de la Academia de Zaragoza que desde finales de 1928 el Gobierno de Primo de Rivera daba señales de debilitamiento. Se sucedían las publicaciones contrarias y se registraban en el Ejército intentonas, en general disparatadas. Algunas de ellas le afectaban directamente por la presencia de su hermano Ramón, republicano de izquierdas, rebelde sistemático y más anárquico que anarquista. En junio había intentado, con Gallarza y Ruiz de Alda, otro vuelo directo trasatlántico, entre Azores y Washington, pero cayó al mar y, después de una semana de considerársele perdido, fue rescatado por un barco británico. Inmediatamente entró en una conspiración que trataba de derribar la Dictadura y, con ella, la Monarquía: detenido el 19 de noviembre fue enviado a prisiones militares.

La crisis económica, que provocó un descenso bastante pronunciado de la peseta –desde 27 a 38 pesetas por cada libra– se sumó a los múltiples factores de atonía e inquietud. Primo de Rivera culpó a Calvo Sotelo de falta de previsión provocando su renuncia como ministro de Hacienda. El Dictador comprobó que ya no podía contar con un respaldo de la Monarquía ante el pronunciamiento militar que, casi públicamente, se anunciaba. Un detalle importante de las *Memorias* de Alcalá Zamora permite afirmar que los conspiradores contaban con Goded, pero en modo alguno con Franco.[13] Primo de Rivera, con gran disgusto de Alfonso XIII, que se veía desbordado en su papel decisorio final, decidió adelantarse a los acontecimientos formulando una consulta reservada a los altos mandos del Ejército: ¿contaba con su apoyo para mantenerse en el poder? Sólo dos respuestas, la de Sanjurjo y la de Marzo pudieron considerarse positivas. Las demás amenazaban con una deserción.

El Rey llamó a Primo de Rivera para exigirle la dimisión antes incluso de que las respuestas se hubiesen producido. La presentó el 28 de enero de 1930. Inmediatamente el general Dámaso Berenguer, conde de Xauen, fue encargado de formar un Gobierno con la consigna de retornar a la constitucionalidad. Faltaban exactamente tres días para el golpe de Estado que encabezaría Manuel Goded. El 12 de febrero, Primo de Rivera salió de España, instalándose en París, donde moriría el 17 de marzo de este mismo año. Todos los resentimientos, remansados durante cinco años, se despertaron entonces, volviéndose contra la Monarquía.

3. Ramon Franco aplaudió el desenlace: estaba entre los conspiradores que se ofrecieron a Goded para el golpe. Francisco Franco no; tenía motivos para lamentar la caída de Primo de Rivera. Con posterioridad haría varias referencias al error e «ingratitud de la Monarquía con el general Primo de Rivera que con tanta eficacia le había servido durante siete años y que había logrado pacificar Marruecos y elevar el nivel de la nación en todos los órdenes» así como al «espectáculo que ofrecían los partidos políticos, monárquicos, liberales, constitucionalistas, monárquicos sin Rey, revanchistas en el fondo, que no perdonaban al soberano su colaboración con la Dictadura». Su visión de aquel período, que muchos españoles compartían, aunque es

muy diferente de la que se encuentra en la mayor parte de los libros gozando ahora de oficialidad, era de un tiempo de orden y prosperidad, dos condiciones que consideraba recíprocamente dependientes. Estaba especialmente convencido de que la desunión registrada en el Ejército había sido causa fundamental en el fracaso de la Dictadura.

Puesto que en muchos de sus discursos e intervenciones políticas se refirió Franco a la obra política de Primo de Rivera como a un antecedente de la suya propia, es conveniente hacer una revista de los éxitos que le atribuía:

- En primer lugar situaba, sin duda, la pacificación de Marruecos: no sólo había liquidado la pesadilla de toda una generación sino devuelto a la vez al Ejército el sentido de su capacidad y la confianza en sí mismo.
- El segundo puesto lo ocupaba el restablecimiento del orden público, sin incremento de la policía ni abrumadores sistemas de vigilancia, conservando las cotas de represión y encarcelamiento que son normales en cualquier Estado moderno, pero manifestando en la cumbre del Gobierno una fuerte dimensión de autoridad.
- La sana política económica y financiera que permitía a la peseta alcanzar una relación de cambio con el dólar de 5,65 la más alta que consiguiera nunca la moneda española.
- Gracias a la CAMPSA que fijaba y regularizaba los precios de los carburantes, a las mejoras en ferrocarriles y sobre todo al plan de carreteras que proporcionó 7.000 kilómetros de pistas de excelente calidad, las comunicaciones se agilizaron, permitiendo la movilización de recursos.
- Por último, los planes hidráulicos y las canalizaciones tenían como misión un cambio radical en la infraestructura: electricidad para la industria y riegos para la agricultura.

En sus anotaciones o en su memoria, el futuro Generalísimo fue almacenando también, para uso posterior, algunos detalles que ponía en relación directa con la caída de Primo de Rivera, como por ejemplo las subvenciones que las empresas multinacionales del petróleo, perjudicadas por la creación de CAMPSA, estaban dispuestas a proporcionar a los enemigos del Régimen, el cambio de actitud dentro del socialismo, al retirarse aquel sector que, al principio se creyó obligado a colaborar en el programa de ventajas sociales, y el papel desempeñado por intelectuales y universitarios con sus críticas y sus algaradas. Otro aspecto esencial que percibió, aunque no estamos seguros de hasta qué punto, fue la incapacidad de sustituir la obsoleta Constitución de 1876 por un sistema político y administrativo más eficiente.

Otra cosa le molestaba mucho: no se habían rendido al cadáver del Dictador las honras fúnebres a que tenía derecho; un poco furtivamente se le llevó por las rondas como si se temiesen manifestaciones de amigos o de enemigos. En resumen, Franco compartió una opinión simplificadora que muchos de sus coetáneos también sostenían, es decir que la Dictadura había contemplado «años venturosos» y que, tras su caída, el país comenzó a declinar.[14]

IV. EL «ERROR BERENGUER».

1. Esta cruda expresión, el «error Berenguer», utilizada por Ortega y Gasset en las páginas de *El Sol*, ha sido explicada después por Jesús Pabón y José María García Escudero como una ruptura tal con cuanto había hecho la Dictadura, volviendo al 13 de setiembre de 1923, que inevitablemente tenía que afectar a la Monarquía:[15] pues si había que aniquilar cuanto se hiciera en esos seis años largos, tal anulación implicaba al Rey, que firmara los decretos y designara al Dictador. De este modo el 28 de enero de 1930 no se produjo un salto adelante sino una vuelta atrás para caer en el vacío. Franco nunca previó la caída de la Dictadura y mucho menos la de la Monarquía: creyó siempre que ésta contaba con amplísimo respaldo popular y atribuyó lo sucedido en 1931 a la equivocación de Alfonso XIII al «haberse rodeado de aquellos políticos que no tenían fe alguna en la Institución».[16]

En el lenguaje coloquial, el Gobierno Berenguer fue conocido como «dictablanda», lo que encerraba una muestra de menosprecio: sin embargo, el Banco Español de Crédito se comprometió a fondo en la operación, prestando a dos de sus hombres fundamentales, Argüelles y Wais, para que ocupasen las carteras de Hacienda y de Economía. Esto significaba que había sectores que confiaban en el enderezamiento de la situación. Pero la búsqueda de una solución política como aquella del salto atrás, exigía que todos los partidos y sectores de la Restauración se uniesen en la defensa de la Institución, lo que no se produjo.

Algunos no pudieron. Otros, sencillamente, no quisieron. Cambó se hallaba bajo tratamiento médico y sin la menor predisposición a colaborar. Miguel Maura Gamazo, el hijo de don Antonio, se despidió del Rey a la antigua usanza, diciéndole que se iba «al campo republicano». José Sánchez Guerra, jefe de los conservadores, le imitó, con aquella frase teatral –hablaba desde el escenario de la Zarzuela– de «no servir más a señores que se convierten en gusanos». Santiago Alba, tan importante para el mantenimiento de la fidelidad castellana, se encerró en una actitud de resentimiento contra la Monarquía. De modo que al final, Berenguer se encontró sólo con el conde de Romanones y su grupo entre los dispuestos a colaborar.

Con mala intención podría creerse que había prisa en abandonar el barco que se hundía, y este fenómeno influyó mucho en el ánimo del Monarca, inclinándole a su actitud de renuncia «noble actitud» desde el punto de vista de quienes la deseaban, pero que Franco –esto es importante– consideró siempre como un signo de abandono dictado por la debilidad. Esto también parece cierto. Alfonso XIII llegó a creerse la parte más débil en aquella lucha y su espíritu, ciertamente generoso, como se había acreditado en múltiples ocasiones, prefirió la renuncia a la responsabilidad de la violencia. Ésta vino más tarde y en proporciones más dramáticas todavía. Berenguer también cometió un error, al rechazar de plano la obra de la Dictadura, en lugar de presentar al Rey como restaurador de la legalidad tras un paréntesis obligado de autoridad delegada para el restablecimiento del orden, el saneamiento de las relaciones laborales y la liquidación de una guerra, como es norma ordinaria en cualquier Estado cuando se producen circunstancias de emergencia. Todo esto lo encontraremos en los discursos de Franco, espigando en ellos.

2. Berenguer mostró a Franco el mismo aprecio que le manifestara Primo de Rive-

ra, aunque le causó, sin pretenderlo, un perjuicio en su carrera. Estaba previsto que, como recompensa por el ingente esfuerzo realizado en la Academia, se le ascendiese a general de División, empleo que no corresponde al turno de antigüedad sino al de elección. Cuando se produjo una vacante, Berenguer le antepuso un amigo suyo, el general León; dada su juventud Franco podía esperar mientras que si a León no se le ascendía, tendría que retirársele con el empleo inferior. Sin embargo, al ser todavía general de Brigada en el momento de proclamarse la República y anularse, por disposición de ésta, los ascensos por méritos de guerra, pasó desde el número uno al último del escalafón, por lo que no llegaría nunca al grado inmediato superior.[17] El cambio revolucionario que acaeció en 1934 cambió las cosas: siempre la excepcionalidad vino en ayuda de Franco.

El 5 de junio de 1930, Alfonso XIII y Berenguer estuvieron en Zaragoza con objeto de presidir la ceremonia de fin de curso y el juramento de bandera de los cadetes. Franco tuvo que pronunciar la arenga final, que fue comprometida en la defensa de la Patria, la Monarquía y la Constitución, y esto lo dijo al Rey con firmes palabras. Era uno de los pocos generales que aún se manifestaban decidida y radicalmente fieles al Rey. Berenguer trataba de consolidar y nutrir la Academia General porque estaba convencido de que el nuevo «espíritu» que en ella se inculcaba era plataforma para el sostenimiento de la Monarquía.

El proyecto Berenguer consistía, como sabemos, en restablecer el ejercicio de la Constitución de 1876. Vio con claridad que necesitaba para ello ir cuanto antes a una elección de diputados a Cortes, de las que emanarían un nuevo Gobierno civil y las leyes necesarias para su respaldo. Contaba con la seguridad que prometía el viejo procedimiento de los caciques. Los políticos, pasados al republicanismo de modo más o menos abierto, insistieron en que debían celebrarse antes las elecciones municipales, pues a través de los ayuntamientos confiaban en relevar muchos de los caciques introduciendo otros de su propia clientela. En este punto, Berenguer no estaba dispuesto a ceder: pretendió contrapesar la influencia de sus adversarios buscando apoyo en aquellos militares que, como Franco, eran leales a la Monarquía o ganando mediante concesiones la voluntad de otros, como Goded, Queipo de Llano, López Ochoa o Villa Abrille, que se mostraban contrarios. En esta política entraba también el esquema de concesiones globales al Arma de Artillería. Tuvo poco éxito, lo mismo que con la suspensión de las obras públicas programadas por el régimen anterior.

3. Emilio Mola Vidal, director general de Seguridad, que mantenía muy cordiales relaciones con Franco desde la época de su participación en la guerra de Marruecos, estaba bien informado de la agitación que se producía, y también de las andanzas del héroe del «Plus Ultra» lanzado a una campaña de captación de voluntades contra la Monarquía. Él advirtió a Berenguer cómo la oposición, cada vez más fuerte, a la que se sumaban grandes intelectuales, militares y políticos monárquicos de relieve, ya no se conformaba con el retorno a 1923: quería la proclamación de la República. El 17 de agosto de 1930 los diversos grupos políticos firmaron el que se llamó Pacto de San Sebastián: un comité revolucionario, pronto a convertirse en Gobierno provisional, iba a trabajar en favor de la nueva forma de Estado. En declaraciones posteriores, muchos de los que participaron en él afirmaron que no creían

en modo alguno que pudiera producirse la caída de la Dictadura de inmediato y que estaban convencidos de que se trataba en realidad de presionar fuertemente a la Monarquía.

Ramón Franco se convirtió en uno de los más activos propagandistas del republicanismo: estuvo en San Sebastián la víspera del histórico pacto, preparando la reunión en que, sin embargo, no participó. De acuerdo con la tradición española los republicanos estaban creando una Agrupación de juntas militares para provocar un golpe de Estado. Mola fue enviando a Franco copia de las andanzas de su hermano, lanzado con gran entusiasmo a estos menesteres, en un vano intento de conseguir que, a fuerza de recriminaciones, volviese a la disciplina. El 8 de octubre de 1930 se inauguró el segundo curso de la Academia General, con asistencia del Príncipe de Asturias, don Alfonso, y del Rector de la Universidad, Rocasolano. Al día siguiente Franco se trasladó a Madrid para entrevistarse con Ramón: cenaron juntos en el domicilio del general y hablaron durante largas horas, el 10. Pero la gestión fracasó y el 11 de octubre Mola cursó la orden de detención, al mismo tiempo que la de Alejandro Sancho, Ángel Pestaña y Luis Companys. Ramón Franco, que había comprendido por las serias advertencias que se le hicieran que estaba en peligro de ser detenido, tuvo tiempo de ocultarse y desaparecer. Siguió conspirando para el golpe cuya fecha se había fijado para el 15 de diciembre.[18]

Francisco Franco no podía permanecer mucho tiempo en Madrid ya que estaba prevista la visita a la Academia de una delegación francesa presidida por el ministro de la Guerra, general Maginot, encargado también de imponerle la Legión de Honor otorgada por el comportamiento en Alhucemas. Maginot se ha hecho famoso por la línea de fortificaciones que lleva su nombre y que debía impedir una nueva invasión alemana; llegó a Zaragoza el 19 de octubre y quedó altamente impresionado por el aspecto y funcionamiento de la Academia, «organismo modelo en su género, el más moderno del mundo», y por su director «el general Franco. A pesar de su juventud me ha parecido un jefe maduro y un director lleno de experiencia».[19]

Invitado por el Gobierno francés a participar en un curso para generales en la famosa escuela de Saint Cyr, Franco permaneció ausente de España todo el mes de noviembre de 1930 y no regresó a Zaragoza hasta el 4 de diciembre.

4. Durante su ausencia la tensión interior había aumentado y los conspiradores seguían firmes en la idea de realizar el levantamiento el 15 de diciembre. El desencadenamiento doctrinal estuvo a cargo de José Ortega y Gasset, que gozaba ya entonces de consideración como uno de los más lúcidos pensadores españoles, mediante dos artículos en el diario madrileño *El Sol*, los días 5 y 19 de noviembre de 1930. El segundo fue el más importante: afirmaba en él que el error de Berenguer consistía en creer que se puede «volver a la causa» para «liberarse del efecto». La Dictadura no había sido otra cosa que un término lógico de llegada de los desgobiernos de la Monarquía. No había más que una solución, remover la causa, esto es, «delenda est Monarchia»,[20] destruirla.

En el otro extremo el capitán Fermín Galán, antiguo subordinado de Franco en Marruecos, famoso por su valor y también por su falta de prudencia, autor de un libro político, *Nueva creación*, que nadie leyó, estaba ofreciéndose al Comité revolucionario para encabezar un alzamiento militar que proclamase la República.[21] For-

maba parte de los hábitos españoles considerar el pronunciamiento militar como procedimiento legítimo para el cambio de una determinada situación política; sólo el fracaso le hacía incurrir en ilegitimidad. Galán estaba convencido de que los anhelos republicanos de la población española eran tan grandes, que bastaría con que alguien lanzase un grito en un rincón cualquiera para que todo el mundo se sumase al movimiento.

Sobre esta base tan frágil e inoperante se montó la famosa rebelión de Jaca, un esbozo apenas de revuelta, tan mal estructurado en sus partes que precisaba de un milagro para tener éxito. Apenas si hubo preparativos. Fermín Galán garantizaba la ocupación de Jaca, a cuya guarnición pertenecía, y también el dominio de todo el alto Aragón. Paralelamente, en Madrid, Gonzalo Queipo de Llano y Ramón Franco encabezarían una sublevación a la que deberían sumarse generales y jefes que el Comité revolucionario creía comprometidos. Cualquier conversación era considerada como firme compromiso. Ni siquiera se respetó la coincidencia de fechas. El Comité revolucionario fiaba tan poco de Galán que envió a Jaca a Santiago Casares Quiroga con la misión de frenar los entusiasmos excesivos y también de asegurarse que no iba a proceder por su cuenta. Pero Casares llegó a la pequeña ciudad pirenaica el jueves 11 de diciembre a una hora muy avanzada; pensó que hasta el lunes 15 había tiempo de sobra y se fue a dormir a la fonda, único alojamiento adecuado existente allí. Ese mismo día Franco estaba en Zaragoza, completamente ajeno a lo que se estaba gestando. Pues Galán, siempre afanoso de protagonismo, había decidido adelantarse.

Llevaba pocas horas durmiendo Casares Quiroga cuando le despertaron algunos disparos en la calle: ayudado por otro capitán republicano, Ángel García Hernández, y por otros civiles adheridos a la asonada, Galán había procedido a proclamar la República, deteniendo a sus superiores, y ahora estaba luchando en las calles con las escasas fuerzas de orden público a las que sometió. Organizando precipitadamente la marcha sobre Huesca, en camiones, los rebeldes se apoderaron de Ayerbe y organizaron una fiesta republicana, celebrando el éxito de un primer encuentro con fuerzas enemigas, de resultas del cual moriría el gobernador de Huesca, general Las Heras. Francisco Franco recibió noticia de los sucesos de Jaca el día 12 al atardecer e hizo poner a la Academia en estado de alerta, desplegando a los cadetes en la carretera de Huesca, en previsión de un amago sobre Zaragoza. No hubo nada de esto: un breve encuentro ante la ermita de Cillas bastó para dispersar a los rebeldes. Los dos capitanes, Fermín Galán y Ángel García Hernández, capturados, fueron, tras un juicio sumarísimo, fusilados.

EL 15 de diciembre llegó sin que se produjera la huelga general revolucionaria que los socialistas anunciaran y sin que se pronunciasen los altos mandos militares. Gonzalo Queipo de Llano y algunos conspiradores se trasladaron en taxi a Cuatro Vientos en donde les esperaba Ramón Franco. Este último, en su avioneta, despegó del aeropuerto, hizo una pasada sobre la plaza de Oriente, arrojó octavillas y se fue a Portugal. Explicaría luego que la vista de niños jugando en la plaza le convenció de la imposibilidad de arrojar las bombas.

Todo este episodio nos parece casi una caricatura, salvo por el desdichado final que tuvo para los dos capitanes rebeldes. Sin embargo la opinión se mostraba de tal modo contraria a cualquier medida de rigor que, presionado por las circunstancias,

Dámaso Berenguer se vio obligado a presentar al Rey la dimisión. Hubo otras razones de mucho peso que le movieron a este gesto, pero no podía dudarse de que la autoridad y prestigio de la Monarquía se quebrantaban con ella. Ramón Franco no fue detenido, pero se le separó del servicio activo, en una nota oficiosa que contenía injurias para su persona. Algunos miembros del Comité revolucionario fueron detenidos; otros en cambio se ocultaron o emigraron.

5. Franco vivió muy intensamente estos días que él asoció al desprestigio final de la Monarquía: repitió muchas veces el juicio negativo que le merecían los políticos que, en la recta final, la abandonaban. Ramón Franco, desde Lisboa, pidió a su hermano ayuda económica, y el general le envió 2.000 pesetas, «que es cuanto alcanzan mis posibilidades en el día de hoy»,[22] ayudándole de este modo a pasar desde Lisboa a Amberes en donde hizo unas declaraciones reiterando el convencimiento que tenía de que la proclamación de la República era cosa de semanas o de meses. En lo cual no se equivocaba. La dimisión de Berenguer, consumada tras el empujón de Romanones del 13 de febrero de 1931, abrió un vacío insondable. Alfonso XIII, realizando todavía desesperados intentos de formar un Gobierno para conservación de la Monarquía, acudió incluso a sus peores enemigos, como Melquíades Álvarez o José Sánchez Guerra. Éste aceptó el encargo de formar Gobierno y fue directamente a la cárcel Modelo para ofrecer carteras a los miembros del Comité revolucionario, todavía en prisión, los cuales se negaron. Los esperpentos que anunciara Valle Inclán, se hacían realidad. Al final el Rey tuvo que acudir al capitán general de la Armada, Juan Bautista Aznar, quien formó un Gobierno de pura emergencia, con Dámaso Berenguer en la cartera de Guerra, Romanones, Ventosa, el marqués de Alhucemas y el más enérgico, Juan de la Cierva. La suerte estaba definitivamente echada: sin un gesto de energía, la Institución monárquica, que encarnaba la legitimidad histórica de la nación española, iba a morir.

De la revuelta de Jaca quedaba todavía una secuela que afectaría en cierta forma al general Franco. Aparte de los procesos civiles contra los miembros del Comité revolucionario que dieron origen a juicios, en Madrid, que fueron apenas una representación burlesca, tenía que fallarse la causa militar contra los oficiales y clases de tropa que habían sido hechos prisioneros en aquella ocasión. Como los sucesos habían tenido lugar dentro del territorio correspondiente a la Capitanía General de Zaragoza, el director de la Academia fue designado vocal del Consejo de Guerra que actuó entre los días 13 y 16 de marzo de 1931 en un ambiente muy peculiar. Estaban convocadas elecciones generales, se difundían por todo el país estampas y pasquines en elogio de Galán y García Hernández, héroes de la República, y el presidente del Consejo, almirante Aznar, declaró públicamente que pediría al Rey que firmase el indulto de los que apareciesen condenados.

Un testimonio importante, el del auditor de guerra José Casado, que se publicó en 1935, que se deshizo en elogios de la «manera verdaderamente magistral» con que Franco se expresara, viene a confirmar lo que el propio general declaró ante el Comité creado por las Cortes republicanas y que luego aportaremos: «la justicia militar no es fuero», es decir, no entra dentro de los derechos sino de los deberes, porque «es necesario que los delitos militares cometidos por militares sean juzgados también por militares, que tienen la costumbre del mando». Venía a sostener dos

cosas y lo hizo con cruda nitidez: independientemente de los móviles políticos, había un acto de rebeldía y éste debía ser juzgado y castigado. Nadie, tampoco él mismo, tenía derecho a incumplir una orden. La había recibido y estaba allí obedeciendo, sin detenerse por las consecuencias que pudieran derivarse, y firmó las sentencias. Curiosamente, cuando la República creó un comité para investigar los castigos, Franco vio requerido su testimonio, pero nadie le acusó de haber hecho algo ilegítimo.

El Consejo de Guerra pronunció tres sentencias de muerte: contra Galán, García Hernández, ya cumplidas, y contra el capitán Sediles; diversas penas de prisión afectaron a otros 63 conjurados. Automáticamente se aplicó el indulto anunciado. Antes de un mes todos los encausados estarían en libertad ocupando sus antiguos destinos.

Juan Bautista Aznar convocó elecciones municipales, provinciales y generales. Con este gesto selló la suerte de la Monarquía.

Notas al capítulo 6.

[1] Se encuentran en la hoja de servicios. J. Arrarás, *op. cit.*, p. 133, B. Crozier, *op. cit.*, I, pp. 138-139.

[2] Esta carta, finalmente publicada en *La Estampa* (29 de mayo de 1928) decía así: «Querido Franco: Al visitar el Pilar de Zaragoza y oír un responso ante la tumba del jefe del Tercio, Rafael Valenzuela, muerto gloriosamente al frente de sus banderas, mis oraciones y mis recuerdos fueron para vosotros todos. La hermosa historia que con vuestras vidas y sangre estáis escribiendo es un ejemplo constante de lo que pueden hacer los hombres que lo cifran todo en el cumplimiento del deber. Toqué al Pilar esta medalla que te ruego uses, que ella tan militar y tan española, te protegerá seguramente. Mis felicitaciones y gracias por toda tu actuación y ya sabes lo mucho que te quiere y aprecia tu affmo. amigo que te abraza. Alfonso XIII».

[3] *Apuntes personales del Generalísimo sobre la República y la Guerra Civil*, Madrid, 1987, pp. 5-6.

[4] Franco conservó entre sus papeles muchos recortes de periódico entre los días 3 y 10 de setiembre que hacían referencia a esta hazaña, sin duda enviados desde El Ferrol por la madre de ambos. Habiendo regresado a Ceuta para preparar el traslado a Madrid, escribió desde aquí el día 8 a Antonio León, magnificando también el vuelo del Plus Ultra.

[5] Los compañeros entregaron a Franco un pergamino. «Cuando el paso por el mundo de la actual generación no sea más que un comentario breve en el libro de la Historia, perdurará el recuerdo de la epopeya sublime que el Ejército español describió en esta etapa del desarrollo de la vida de la Nación. Y los nombres de los caudillos más significados se encumbrarán gloriosos, y sobre todos ellos se alzará triunfador el del general Francisco Franco Bahamonde para lograr la altura que alcanzaron otros ilustres nombres de guerra como Leiva, Mondragón, Valdivia y Hernán Cortés, y a quien sus compañeros tributan este homenaje de admiración y afecto por patriota, inteligente y bravo». J. Arrarás, *op. cit.*, p. 144.

[6] Ninguno de los artículos que publicó en la *Revista de Tropas coloniales* defendiendo este punto de vista se muestra desconsiderado hacia las otras Armas o Cuerpos, pese a su defensa de la Infantería, G. Hills, *Franco*, pp. 146-147. Al contrario, dedicó dos breves estudios a demostrar cómo la Artillería había sido factor decisivo en la defensa y pacificación de Marruecos.

[7] Franco no aceptó recomendaciones. El 17 de junio explicó a Antonio León que no podía nombrar profesor a Gutiérrez Soto, recomendado por aquél, porque tenía que atenerse a las condiciones establecidas. El 9 de julio, apenas regresado de Alemania, le volvió a escribir lamentando el suspenso de un sobrino del propio León, y se justificaba diciendo que los exámenes eran anónimos para evitar precisamente los favores.

[8] La lista completa de profesores la contiene J. Arrarás, *op. cit.*, pág. 148, nota 1.

[9] R. de La Cierva, *op. cit.*, p. 101.

[10] J. Arrarás, *op. cit.*, pp. 150-154.

[11] *Apuntes*, p. 5.

[12] En conversaciones con sus biógrafos, B. Crozier, *op. cit.*, I, p. 149, y G. Hills, *op. cit.*, p. 153, se refirió a la importancia que otorgaba a esta publicación. La colección completa que él poseía en Madrid fue destruida en el saqueo de su domicilio y no pudo reponerla porque los archivos y depósitos de la Entente, radicados en Suiza, se eliminaron para evitar que se les confundiese con agentes nazis.

[13] R. de La Cierva, *op. cit.*, p. 104.

[14] Las opiniones de los historiadores sobre este punto varían mucho y, en general, se encuentran afectadas por sus preferencias políticas y sus deseos. Aquí no pretendo establecer una realidad. Lo que me importa es exponer las convicciones que Franco sostuvo ya que, desde ellas, trató luego de construir su Régimen. Lacomba y Tamames comprueban que hubo entre 1931 y 1934 un pronunciado declive económico aunque entienden que nada tuvo que ver con el hecho de que existiese una República en España: se trataba de una repercusión de la onda depresiva mundial. Sin embargo hay un dato: si tomamos como índice 100 la media de producción industrial entre 1906 y 1920, la cota máxima, al final de la Dictadura era de

144, y pasó por debajo del 100 en los primeros años de la República, en J. A. Lacomba. *op. cit.*, pp. 296-297. Resultaba inevitable que se uniesen ambos términos y que algunos se preguntasen por qué la Italia de Mussolini no experimentaba tales consecuencias o, en 1934, la Alemania hitleriana cobraba tal impulso de fuerza. Aquí no se trata de dar la razón a nadie, sino de exponer cómo se formó un determinado estado de opinión. Una parte de la prosperidad de la Dictadura fue debida a las inversiones extranjeras que aportaron 800 millones de pesetas; pero es bien sabido que el dinero afluye hacia los países que poseen estabilidad política.

Higinio París Aguilar, *El movimiento de precios en España*, Madrid, 1943, pp. 95-96, economista que aconsejó a Franco en muchas cuestiones, señaló cómo los agricultores eran quienes tenían mayor motivo de nostalgia hacia la Dictadura: en 1925 alcanzaron ya un punto óptimo por el equilibrio entre su producto y los precios; la producción agraria alcanzaría el máximo rendimiento en 1927 con una cifra total de 6.119 millones de pesetas. No es extraño que los campesinos apoyasen a Franco. Hubo un sector, el de los viñedos, que a causa de la epidemia de filoxera, experimentó con posterioridad pérdidas muy graves. Pero esto no puede bastar para explicar la caída del valor de la producción agraria hasta 4.621 millones de pesetas en 1933, contada además con una peseta fuertemente desvalorizada en relación con 1927.

15 J. Pabón, *Cambó*, p. 16 y J. M.ª García Escudero, *op. cit.*, II, p. 843. No cabe duda de que el gran error de Berenguer consistió en revisar la obra de la Dictadura no con propósitos positivos –aprovechar sus logros, rectificar sus errores, construir nuevas cosas–, sino puramente negativos, destruyendo cuanto hiciera o ignorándolo, pues «esa hostilidad hacia la Dictadura tenía que dañar necesariamente, de rebote, a quien la había tolerado tantos años». Al escoger la «ruptura» en vez de la «continuidad» se serviría a los republicanos un buen argumento: si malo era el instrumento malo tendría que ser también quien se identificó con él. Para García Escudero la responsabilidad final recae sobre Santiago Alba y Romanones por su empeño en comenzar el proceso electoral por las municipales.

16 F. Franco-Salgado, *op. cit.*, p. 121.

17 Comentando este episodio con su primo el 10 de febrero de 1962, Franco hizo la reflexión de cómo decisiones que parecen insignificantes pueden causar grandes perjuicios, F. Franco-Salgado, *op. cit.*, p.464.

18 Estos datos proceden del propio Mola, *Obras Completas*, pp. 208-212, incluyendo el ocultamiento de Ramón.

19 Las declaraciones del general Maginot a la Prensa fueron recogidas por J. Arrarás, *op. cit.*, pp. 160-162 y por Cl. Martin, *op. cit.*, pp. 93-94. Sabemos que Franco hizo mucho uso de los textos que trajo de Saint-Cyr.

20 Los artículos han sido reeditados en el tomo XI de las *Obras Completas* de Ortega, Madrid, 1969, p. 278. No deja de resultar irónica esta reedición el mismo año del reconocimiento de don Juan Carlos como sucesor a título de Rey.

21 A finales de 1929 Fermín Galán había cumplido en Montjuich una breve condena por actividades revolucionarias. Mola y Berenguer, que le estimaban por su pasada conducta en África, insistieron mucho en mantenerle dentro del Ejército. Había llegado destinado a Jaca el 15 de mayo.

22 R. de La Cierva, *Franco*, p. 109.

Notas al Capítulo 7.

1 Es un punto de vista aceptado desde todos los sectores. En agosto de 1958, celebrándose en Francia el VII Congreso del PSOE, Luis Araquistáin, criticando las negociaciones que algunos correligionarios suyos mantendrían con Gil Robles, proponiendo un referéndum para elegir entre Monarquía y República, recordó precisamente esto: en 1931 la mayor parte de los concejales era monárquica, y aun suponiendo que la mayor parte de los electores fuese republicana, su legitimidad para cambiar el Régimen resultaba discutible. El discurso de Araquistáin en *El Socialista*, París, 4 de setiembre de 1958.